

**De la *dignitas hominis* y la técnica a la *prudencia politica* y la diplomacia:  
lectura de la empresa 84 de las *Empresas políticas* de Diego Saavedra Fajardo**

Pablo Sol Mora  
(Universidad Veracruzana)

No es novedad observar que el pensamiento y la obra de Diego Saavedra Fajardo (1584-1648) son profundamente representativos de la crisis social, ética e intelectual del Barroco y de aquello que José Antonio Maravall, en un artículo clásico de la bibliografía saavedriana, denominó la “moral de acomodación” (166). Dividido entre las exigencias reales de la política y los ideales morales del cristianismo, entre el pesimismo antropológico –“y si bien se hallan en el hombre, como en sujeto suyo, todas las semillas de las virtudes y las de los vicios, es con tal diferencia, que aquellas ni pueden producirse ni nacer sin el rocío de la gracia sobrenatural, y estas por sí mismas brotan y se estienden, efecto y castigo del primer error del hombre” (Saavedra Fajardo 1999, 547)– y la convicción de que es posible actuar sobre los hombres y sus circunstancias, entre la conciencia de la adversidad del mundo y la naturaleza y la capacidad humana para modificarlos, Saavedra Fajardo da cuenta de una inteligencia escindida, eminentemente moderna, entre extremos a veces irreconciliables, pero en permanente búsqueda de adaptación. El propósito de este artículo es llevar a cabo una lectura detenida de la empresa 84 de las *Empresas políticas* (1642), articulada alrededor de los binomios *dignitas hominis*-técnica y *prudencia política*-diplomacia, que examine esta tensión que caracteriza la obra de don Diego.

En la *pictura* de la empresa puede verse una fragua hidráulica con sus distintos aparatos: a la izquierda se encuentra la rueda accionada por la corriente de un río; esta, a su vez, activa un fuelle en la parte superior y un martinete, en la inferior. El fuelle enciende un fogón en cuyo extremo se ve un casco militar; el martinete golpea el metal de una armadura, una de cuyas partes yace a un lado en el suelo, sobre un yunque colocado en una base de forma circular. En la parte superior de la *pictura*, el mote, extraído de los *Anales* (2, 26) de Tácito, reza: “*Plura consilio quam vi*” (“más vale el ingenio que la fuerza”).



(Saavedra Fajardo 1675, 580)

Llama la atención el protagonismo de la tecnología en la *pictura*, representada por los mecanismos de la fragua. Aunque hay otros casos en las *Empresas políticas* (en la 4, un cañón; en la 14, un telescopio; en la 24, una brújula; en la 42, un arado; en la 56, un compás; en la 57, un reloj, entre otras) no es lo ordinario en una obra que se inclina por los elementos naturales, animales o plantas, u objetos no mecánicos. Como recuerda su editora, Sagrario López Poza (908), retomando un trabajo de Jesús María González de Zárate, quizá Saavedra Fajardo se haya inspirado en el *Recueil d'emblemés divers* (1638-1639) de Jean Baudoin, aunque por la fecha, muy cercana a la de la primera edición de las *Empresas* (1640), no parece probable. En el emblema del discurso X de la segunda parte del *Recueil*, bajo el lema “*Qu'on ne doit point se ioïer aux grands*”, se ve a dos herreros (cíclopes, en principio, pues el texto remite a la mitología, aunque uno tiene dos ojos) fabricando unas armas sobre un yunque con un fogón al fondo; sin embargo, están ausentes los aparatos mecánicos que distinguen la empresa saavedriana y el consecuente énfasis tecnológico. En cuanto al uso de la rueda hidráulica, López Poza agrega los antecedentes de las *Imprese* (1586) de Camillo Camilli, que en la dedicada a Iacomo Contarini incluyó ciertamente la imagen de un molino de agua con el mote “*Fatiget non rapiat*” (18), explicado también por Picinelli (236), pero que tiene más bien que ver con el empleo del tiempo entre el ocio y el trabajo, y de los *Symbola* (1601-1603) del humanista flamenco Jacobus Typotius, que atribuyó al rey franco Clotarius una empresa en la que se ve un molino de agua con el lema “*Mens immota manet*” (75), pero que tampoco tiene el marcado acento tecnológico de la de Saavedra. Posterior a las *Empresas*, en el *Séneca ilustrado* (1670) de Juan Baños de Velasco, cuestión 14, encontramos un emblema con una pequeña fragua y un fuelle con el mote “*Ab incommodis splendidior*” (216), que trata sobre las relaciones que el señor debe guardar con sus criados.

El empleo de mecanismos hidráulicos con fines siderúrgicos como los que se observan en la empresa 84 data, en Europa, de los siglos XII y XIII –el martinete y el fuelle, respectivamente (Needham 378-379). En la época de Saavedra Fajardo están aún en uso, aunque tengan sus días contados, pues irán desapareciendo gradualmente a partir de la segunda mitad del siglo XVIII en el marco de la Revolución Industrial. No se trata, pues, de una tecnología nueva, pero, en todo caso, la empresa 84, tanto en la *pictura* como en la declaración, es quizá la que mayor énfasis pone en la técnica de todas las *Empresas*. Observemos, además, que esta tecnología aparece al servicio de la guerra, pues su finalidad es construir armas.

Aun antes de leer el texto de la empresa, el lector de la época, viendo únicamente la imagen y el lema, podía adivinar por dónde iba el mensaje del autor: las mejores armas del hombre son su ingenio e inteligencia, que superan la fuerza bruta, y en política más cosas se logran con aquellos que con esta.

El *incipit* de la declaración nos sitúa de inmediato en el contexto, bien conocido, del discurso de la *miseria* y la *dignitas hominis* (Sol Mora): “A algunos pareció que la Naturaleza no había sido madre, sino madrastra del hombre, y que se había mostrado más liberal con los demás animales, a los cuales había dado más cierto instinto y conocimiento de los medios de su defensa y conservación” (Saavedra Fajardo 1999, 908).

La frase, en efecto, era uno de los *topoi* favoritos de la *miseria hominis* desde que Plinio, en el siglo I, escribiera al comienzo del libro VII de su *Historia natural*, según la traducción de Francisco Hernández:

Y porque la naturaleza de los animales [...] no es de menor consideración que cualquiera parte de las otras, si el ánimo humano lo pudiese alcanzar, hablaremos

dellos, y primero del hombre, con muy gran razón, pues por su causa parece haverse criado todos los demás, aunque con tan grande y cruel contrapeso contra sus tan excelentes dones que no se puede bien averiguar si le haya sido buena madre o mala madrastra. Porque, lo primero, a él solo entre todos los animales, siéndole estraña, viste de ajenas riquezas [...] Al hombre solo arroja el día de su nacimiento, desnudo, en la tierra desnuda, para que grite, llore y derrame lágrimas y, estas, luego, en el principio de la vida [...] Así que este hombre de próspero nacimiento yace tendido, atado de pies y manos, llorando, siendo el que ha de mandar a todos los otros animales, y comienza de tormentos la vida por solo que nació [...] Los demás animales tienen sus particulares naturalezas. A unos es propia la ligereza, a otros el bolar, a otros grandes fuerzas, con otros se nace el nadar, mas el hombre ninguna cosa sabe sin aprendella, no habla, no anda, no come y, en suma, no saca del vientre, sabido, sino llorar. (302)

Como ha mostrado Mary Beagon (1-57), el pesimismo de Plinio en realidad no era tan radical, pero la tradición lo convirtió en una de las autoridades predilectas de la *miseria hominis*. A él precisamente, para refutarlo, había recurrido Fernán Pérez de Oliva en su *Diálogo de la dignidad del hombre* (c. 1529), en el que opone una *miseria* exclusivamente pagana a una canónica *dignitas* clásica-cristiana, sintetizada por los Padres de la Iglesia y que tuvo sus exposiciones más conocidas en el Renacimiento, y entre las que la primacía de la *dignitas* estaba fuera de dudas.

Sin embargo, sin salir de la tradición grecolatina, a la *miseria* podía oponérsele una *dignitas hominis* compuesta estrictamente de elementos clásicos, que es lo que hace Saavedra Fajardo:

Pero estos no consideraron sus excelencias, su arbitrio y poder sobre las cosas, habiéndole dado un entendimiento veloz, que en un instante penetra la tierra y los cielos; una memoria, en quien, sin confundirse ni embarazarse, están las imágenes de las cosas; una razón que distingue, infiere y concluye; un juicio, que reconoce, pondera y decide. Pero esta excelencia de dotes tiene el imperio sobre todo lo criado, y dispone cómo quiere las cosas, valiéndose de las manos formadas con tal sabiduría, que son instrumentos hábiles para todas las artes. Y así, aunque nació desnudo y sin armas, las forja a su modo para la defensa y ofensa. La tierra (como se ve en esta Empresa) le da para labrallas el hierro y el acero; el agua las bate; el aire enciende el fuego, y éste las temple, obedientes los elementos a su disposición. Con un frágil leño oprime la soberbia del mar, y en el lino recoge los vientos, que le sirven de alas para transferirse de unas partes a otras. En el bronce encierra la actividad del fuego, con que lanza rayos no menos horribles y fulminantes que los de Júpiter. Muchas cosas imposibles a la Naturaleza facilita el ingenio. (1999, 909)

La *dignitas* saavedriana llama en principio la atención por lo que deja fuera. No hay aquí una sola mención a los argumentos religiosos habituales (los más importantes desde un punto de vista ortodoxo): la creación a imagen y semejanza divinas, la encarnación o la resurrección. La suya podría ser la *dignitas* de cualquier autor pagano.

El encomio de la presteza de su entendimiento se encuentra ya en el famoso primer estásimo de la *Antígona* de Sófocles, uno de los más tempranos y claros ejemplos de la *dignitas hominis* clásica, fuertemente influenciado por el pensamiento protagórico (Crane):

“Muchos son los portentos, / pero nada más portentoso que el hombre... se ha enseñado la palabra, / y el pensar, ligero como el viento, y el impulso que ordena las ciudades” (Lida 54-55).

Tras elogiar otras virtudes intelectuales (memoria; razón, por la que debe entenderse lógica, y juicio), Saavedra pasa a las manos, que también formaban parte del antiguo repertorio de *topoi* de la *dignitas*. Quizá fue Anaxágoras, filósofo presocrático, el primero en sostener la superioridad de los seres humanos gracias a ellas (*Los filósofos presocráticos* 326). El tema es crucial porque la actividad manual y la capacidad de construir instrumentos es lo que hace posible la técnica y construir un segundo mundo paralelo al natural, como anticipadamente observó Cicerón en *Sobre la naturaleza de los dioses*:

Del mismo modo, todo dominio sobre los bienes terrestres se da en el hombre: nosotros gozamos de las llanuras y los montes, nosotros son los arroyos, nosotros los lagos, nosotros sembramos las mieses, nosotros los árboles, nosotros damos fecundidad a las tierras mediante conducciones de agua, nosotros contenemos, dirigimos y desviamos los ríos. Con nuestras manos, en fin, nos proponemos crear así una segunda naturaleza dentro del mundo de la naturaleza. (268)

El imperio del *homo faber* sobre los elementos gracias a su inteligencia y destreza manual queda patente en la empresa en la rueda hidráulica, que aprovecha la corriente de agua; el fuelle y el horno, que controlan el aire y el fuego, y los metales extraídos de la tierra para fabricar armas.

Es inevitable preguntarse por qué Saavedra Fajardo, en la empresa 84, no menciona ni uno solo de los argumentos religiosos de la *dignitas hominis* y opta por presentar una versión clásica. En la empresa 86, que lleva por lema “*Rebus adest*” (“está presente en todo”), puede verse un globo terráqueo alrededor del cual gira el sol, ilustración del sistema ptolomeico, que Saavedra suscribe y opone al heliocéntrico propuesto por Copérnico. Lo revelador es la razón por la que rechaza este último:

Impía opinión contra la razón natural, que da reposo a lo grave; contra las divinas Letras, que constituyen la estabilidad perpetua de la Tierra; contra la dignidad del hombre, que se haya de mover a gozar de los rayos del Sol y no el Sol a participárselos, habiendo nacido (como todas las demás cosas criadas) para asistirle y serville. (1999, 921)

A estas líneas subyace la idea básica de la *dignitas hominis* cristiana, expuesta en el Génesis: el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios y el resto de la creación ha sido puesto a su servicio. Saavedra, pues, conoce perfectamente los fundamentos de la *dignitas*, pero no los usa en una empresa que tiene como propósito exaltar el ingenio y, en general, apenas los alude en una obra que se desenvuelve en la muy humana esfera del poder político. Acaso suceda en las *Empresas políticas* algo semejante a lo que ocurre en *El criticón* de Gracián (Sol Mora 200), en el que las verdades religiosas son un telón de fondo, pero donde toda la acción se desarrolla en una esfera mundana y secular. Saavedra reconoce y cree en las bases religiosas de la *dignitas*, pero, aunque en el título original de su obra se refiera a un príncipe político-cristiano, la verdad es que la arena política en la que se juegan sus intereses es de naturaleza más bien humana.

Por lo demás, como ha estudiado Sònia Boadas (67-68) y había adelantado Blecua (28), la cosmovisión de Saavedra Fajardo no parece haberse mantenido estática frente a los grandes cambios astronómicos de los siglos XVI y XVII y, pese haber defendido la teoría geocéntrica una y otra vez haciendo gala de ortodoxia, es probable que hacia el final de su vida haya dejado espacio para la duda y la posibilidad de que la antigua visión del mundo no fuera infalible, como deja entrever algún pasaje de la *Corona gótica*. Sobra decir que la pérdida del lugar central de la Tierra en el universo supondría, a la larga, un tremendo golpe para la *dignitas hominis* cristiana. Después, ya no sería tan difícil cuestionar la primacía del hombre en la creación, como de hecho lo había anticipado el heterodoxo Michel de Montaigne en la “Apología de Raimond de Sebonde” (470-471).

En realidad, el discurso de la *dignitas hominis* para Saavedra Fajardo no es un fin en sí mismo –como sí lo era, digamos, para Pérez de Oliva en su obra pionera–, sino el medio que le permite introducir el tema que realmente le interesa: la *prudencia política* y su práctica mediante la diplomacia. Con su destreza retórica, la transición entre ambos asuntos resulta del todo natural:

Muchas cosas imposibles a la Naturaleza facilita el ingenio. Y pues este con el poder de la Naturaleza templa los arneses y aguza los hierros de las lanzas, válgase más el príncipe de la industria que de la fuerza, más del consejo que del brazo, más de la pluma que de la espada; porque intentallo todo con el poder es loca impresa de gigantes, cumulando montes sobre montes. No siempre vence la mayor fuerza. (1999, 909-910)

A partir de este punto, el texto de la empresa se convertirá en una apología de las ventajas que la prudencia, e incluso algo muy parecido a la astucia, tienen en el gobierno sobre el mero uso de la fuerza.

Saavedra Fajardo ya se había ocupado de la prudencia en la empresa 28 –en la que puede verse una serpiente coronada enrollada en un cetro sobre un reloj de arena y que se refleja en dos espejos a los lados, con el lema “*Quae sint, quae fuerint, quae mox ventura trahantur*” (“lo que es, lo que fue, lo que pronto será”)–, donde escribió: “es la prudencia regla y medida de las virtudes; sin ella pasan a ser vicios [...] Áncora es la prudencia de los Estados, aguja de marear del príncipe [...] Consta esta virtud de la prudencia de muchas partes, las cuales se reducen a tres: memoria de lo pasado, inteligencia de lo presente y providencia de lo futuro” (1999, 412-413).

En la *Ética a Nicómaco* (1140a-1142a), Aristóteles había establecido que la prudencia (*phrónesis*) no podía ser ciencia, pues en ella las cosas siempre ocurren de una misma manera y va unida a la demostración, ni arte o técnica, pues la acción, campo en el que se despliega esta virtud, es diferente de la producción. El espinoso ámbito de la prudencia es el de lo específicamente humano, lo práctico, lo particular, lo que, por lo tanto, no puede ser reducido a leyes o experiencias fijas. De ahí la dificultad de su ejercicio. La prudencia política es eminentemente práctica y deliberativa.

Siglos más tarde, Juan Luis Vives, en *Sobre las disciplinas*, definiría la prudencia como “el arte de acomodar todas las circunstancias y percances de la vida al lugar, al tiempo, a las personas, a los negocios” (645). Ahora bien, la que interesa a Saavedra Fajardo es desde luego la que se ejerce en los asuntos públicos. En su concepto de *prudencia política*, quizá ningún autor ejerció mayor influencia que Justo Lipsio, el humanista flamenco autor de las *Políticas o Doctrina civil* (1589), suma de filosofía política clásica, particularmente tacitista.

Como ha estudiado López Poza (234), la influencia lipsiana en las *Empresas* es múltiple y puede apreciarse en el laconismo de su prosa, el método de composición del discurso, el neoestoicismo y la conversión de algunas metáforas en motivos para las *picturae*. Sin embargo, el autor apenas es citado una vez (y eso para reconvenirlo). No hay que olvidar que, desde finales del siglo XVI, Lipsio se había convertido en un autor sospechoso al haber sido puesto en el *Índice* (concretamente por las *Políticas*) y, pese a sus denodados esfuerzos por corregir lo censurado por la iglesia, continuó levantando suspicacias a lo largo del siglo XVII. La traducción al español de la obra, llevada a cabo por Bernardino de Mendoza y publicada en 1604, fue incluida en el *Índice* preparado por Antonio de Sotomayor en 1640, el año en que sale la primera versión de las *Empresas*.

Disimuladamente, las *Políticas* no dejaron de ser uno de los libros de cabecera de Saavedra Fajardo. Allí, Lipsio se ocupa ampliamente de la *prudencia*, a la que divide en principio en doméstica y civil, y sobre la que afirma ser muy necesaria en el gobierno: “Porque así como nadie será capaz de gobernar un navío sin aguja de marear tocada con la piedra imán, tampoco ninguno la república sin entendimiento inspirado por esta diosa. Pensar poderlo hacer con la fuerza sola es excusado [...] La fuerza desprovista de consejo por sí misma se arruina” (71-72).

La *prudencia política* lipsiana se distingue por su realismo y se aleja del rigorismo moral propugnado por un pensamiento cristiano más ortodoxo. Así, en uno de los capítulos más polémicos (XIII, IV), Lipsio plantea la peliaguda cuestión de si es posible mezclar la prudencia con el engaño, y apenas vacila en contestar:

Yo creo que sí, por más que algunos Zenones y enteros me lo nieguen, que solo aprueban aquel camino que por medio de la virtud llega a la honra y a la gloria; creyendo no ser lícito que la razón, que Dios nos ha dado para aconsejar bien y caminar con rectitud, sea convertida en fraudes y malicias. A los cuales oigo de buena gana en otra parte, pero aquí, ¿cómo es posible que lo haga? Parecen ignorantes de este siglo y de las condiciones de los hombres de él, pronunciando su voto y parecer como si se hallasen en la república de Platón y no en las heces de la de Rómulo. Porque ¿entre quién vivimos? Es a saber, entre agudos y maliciosos, y que parecen estar enteramente compuestos de fraudes, mentiras y engaños [...] El filósofo advierte que los reinos se arruinan por fraudes y engaños. ¿Por qué no será, pues, lícito conservarlos por los mismos medios; y al príncipe, hallándose entre raposas, el servirse de las tretas de ellas y, a veces, raposear, principalmente si el caso y la salud pública, de quien depende la suya propia, se lo persuaden? (189-190)

El abominado Maquiavelo, desde el infierno, habría sonreído.

Y ya que ha salido el nombre inevitable, detengámonos brevemente en la compleja relación de Saavedra Fajardo con el florentino. Jesús Villanueva ha mostrado la presencia textual de Maquiavelo en la obra de don Diego, pero, más importante, ha señalado cómo este asumió la problemática del maquiavelismo y busco solucionarla mediante una síntesis con el pensamiento político ortodoxo. Entre sus conclusiones, apunta:

Al elaborar el ideal del príncipe “político cristiano”, en directa oposición con el modelo maquiavélico, Saavedra afirma, frente a las extremosidades al que el último se entregaba, la vigencia de los mandamientos morales, de la conciencia y de la Providencia divina para la regulación de la acción del soberano, pero ensancha

sobremanera el ámbito de esta gracias en primer lugar a la facultad, integrada en la teoría tradicional de las virtudes, de la prudencia política, la cual, para servir al fin prioritario de la autoconservación, deberá armarse de cautelas y de una tolerancia rayana en la indiferencia moral dentro de un ambiente de inextirpable corrupción [...] A Saavedra lo que le interesa es saber cuál sea la política adecuada en la confusa situación de su tiempo. Y es aquí donde añade al principio tradicional de la prudencia una forma del activismo maquiavélico, la concepción de la virtud política como una “excelencia de virtud” que permite al príncipe aplicar un saber tecnificado, la razón de Estado, con vistas a captar la adhesión de la población mediante la manipulación de su interés egoísta. (196)

Ya se ve, pues, la importancia y la maleabilidad del concepto de *prudencia* en el pensamiento saavedriano frente a Maquiavelo.

Retomando la *prudencia* lipsiana, esta se nutría de los clásicos y en especial de Tácito, nombre igualmente caro al autor murciano y cuyo complejo proceso de *receptio* en España ha sido estudiado por Antón Martínez. El historiador alababa la *prudencia* como una de las máximas virtudes políticas. Por ejemplo, en *Agrícola* (8, 1) resalta la habilidad del general romano para acomodarse a las circunstancias, base de toda *prudencia*, y mezclar lo práctico con lo honesto. En su agudo análisis de la Roma imperial, en repetidas ocasiones observó el papel que la astucia y el cálculo tenían en la lucha por el poder, en especial sobre el uso de la fuerza (*Anales* 2, 26; 4, 71; 6, 32; 13, 6). Al igual que otros pensadores políticos de la época, tanto Lipsio como Saavedra encontraron en el autor latino el realismo político y la observación psicológica que mejor podían servir a las necesidades de su propio tiempo (Maravall 77-105). Como es bien sabido, sin embargo, el culto a Tácito, frecuentemente asociado al maquiavelismo, no estaba exento de riesgos y debía llevarse con discreción, como prueba el propio don Diego que, en la segunda versión de las *Empresas*, redujo considerablemente el número de citas del historiador y aumentó las bíblicas, llegando a preguntarse virtuosamente en el prólogo: “¿Para qué tener por maestro a un étnico o a un impío, si se puede al Espíritu Sancto?” (1999, 175).

En el texto de la empresa 84, Saavedra Fajardo retoma el pasaje de los *Anales* de donde tomó el lema y recuerda cómo Tiberio se alababa de haber logrado más cosas en sus misiones en Germania con la prudencia que con la fuerza. En el texto latino, Tácito no utiliza la palabra *prudencia*, sino *consilio*, pero Saavedra parece casi sistemáticamente asimilar a la prestigiosa voz de *prudencia*, no solo la de *consejo*, sino, reveladoramente, las de *astucia*, *ardid* o *disimulación* (significativa, en este sentido, es la lectura de las empresas 43 y 44). Dónde acaba la necesaria prudencia que todo príncipe cristiano debe tener y dónde empieza la censurable astucia del político maquiavélico es una cuestión que nunca acaba de resolverse satisfactoriamente en las *Empresas* y que muestra la permanente tensión entre las necesidades del pragmatismo político y los imperativos morales de la religión.

Sin embargo, a Saavedra Fajardo no le preocupa únicamente recomendar la *prudencia política* al príncipe que pretende formar. Su objetivo final es otro, no exento de interés personal: la recomendación de la diplomacia como la mejor forma de desplegar dicha *prudencia*. Es preciso recordar, como ha hecho Jorge García López (249), que don Diego no es un escritor metido a político o consejero de príncipes –como podría haberlo sido Quevedo–, sino un político, un diplomático, que escribía y que supeditaba su obra literaria a su actividad política. Escritor tardío y reflexivo, don Diego nunca pierde de vista los intereses políticos de España, ni los suyos, a la hora de tomar la pluma.

En una sugestiva y laboriosa investigación reciente, Tibor Monostori ha trazado un retrato no precisamente halagüeño de don Diego:

Now we know that Saavedra's mastery of this demanding art [diplomacy] fell far short of his mastery of the pen. The image of the respected gentleman, good debater, gifted writer and thinker, and a wise and sharp, passionate defender of Spanish interests, all traits and qualities real and evident to the observer and to his generation as far and wide as France, Sweden and Italy, was darkened and even blackened by his bad temper, jealousy, self-centeredness and pride. He was a wishful thinker, a wannabe policymaker, and an aspiring but biased and ineffective influencer, who regularly coloured the facts and submitted incomplete information for his own benefit. (18)

Se entiende el afán desmitificador de la figura de Saavedra Fajardo si consideramos que, efectivamente, a raíz de su prestigio literario, con frecuencia la posteridad cargó las tintas respecto a su desempeño y talento políticos, como en su momento hicieron Dowling (1957) o Fraga (1955), dando lugar a lo que el autor llama la “leyenda dorada” (103).

Citando el testimonio de Manuel de Faria e Sousa –no muy amador, como diría fray Luis de León, de Saavedra Fajardo–, se agrega: “He was nosy, manipulative and intrusive, constantly diguising his real intentions, meddling in others' affairs, in order to build his career” (100). O sea, que don Diego –no tan poderoso e influyente como él hubiera querido, con éxitos y fracasos, orgulloso, ambicioso, disimulado, oportunista– era... un político.

En la empresa 84, tras la alabanza del ingenio técnico del hombre y el recurso a la *dignitas hominis*, Saavedra Fajardo pondera el valor de la *prudentia politica* y la hace recaer en la diplomacia:

La espada en pocas partes puede obrar, la negociación en todas. Y no importa que los príncipes estén distantes entre sí; porque, como los árboles se comunican y unen por las raíces, extendida por largo espacio su actividad, así ellos por medio de sus embajadores y pláticas secretas. Las fuerzas ajenas las hace propias el ingenio con la confederación, proponiendo los intereses y conveniencias comunes. (1999, 911)

O sea, que son precisamente los hombres como Saavedra Fajardo los mejores instrumentos de la *prudentia politica* del príncipe y que mal haría en no valerse de ellos.

No deja de llamar la atención que la empresa que comenzó siendo un encomio del ingenio técnico puesto al servicio de la guerra (la fabricación de las armas representada en la *pictura*), acabe siendo un elogio del ingenio diplomático puesto al servicio de la paz, aunque este movimiento contradictorio sea típico de la dialéctica de las *Empresas*:

En la mayor grandeza se alcanzan más cosas con la fortuna y con los consejos que con las armas y el brazo. Tan peligroso es el poder con la temeridad, como la temeridad sin el poder.

Muchas guerras se pudieran escusar con la industria. Pero, o el juicio no reconoce los daños ni halla partidos decentes para escusallos, o con ligereza los desprecia, ciega con la ambición la prudencia o la bizarría del ánimo hace reputación el impedillo, y se deja llevar de lo glorioso de la guerra. Esta es una acción pública en que va la conservación de todos, y no se ha de medir con los puntos vanos de la reputación, sino con los intereses y conveniencias públicas, sin que haya medio que no aplique el



príncipe para impedilla, quitando las ocasiones antes que nazcan. Y si ya hubieren nacido, granjee a los que puedan aconsejar la paz, busque medios suaves para conservar la amistad, embarace dentro y fuera de su reino al enemigo, atemorícele con las prevenciones y con tratados de ligas y confederaciones en su defensa. (1999, 912)

En sus análisis políticos privados, no dirigidos al público, don Diego podía ser más ambivalente, como en la carta dirigida al emperador en agosto de 1640: “siempre han de obrar juntas las armas y las negociaciones, porque no se alcanza menos con estas que con aquellas” (Monostori 166).

Sin embargo, quizá la paradoja sea solo aparente y haya una lógica subyacente en toda la empresa a la asociación *dignitas hominis*-técnica y *prudentia politica*-diplomacia. Saavedra Fajardo, moderno, basa la alabanza de la dignidad del hombre en su destreza técnica, de *homo faber* capaz de construir una naturaleza dentro de la naturaleza, como hemos visto; al transitar de esta a la ponderación de la *prudentia politica* y su ejercicio en la diplomacia, termina apelando a otro tipo de saber técnico, especializado, el de los expertos en las relaciones internacionales, como él, en los que el soberano, si es prudente, debe confiar parcialmente el poder del Estado. La noción de técnica del inicio de la empresa no desaparece, sino que reviste un nuevo traje.

Por otra parte, las *Empresas políticas* en su totalidad parten del principio de que es posible enseñar el arte de gobernar, que aunque no es posible reducirlo a una serie de reglas rígidas como si se tratara de un oficio mecánico, si es posible enunciar una serie de principios y consejos a partir de los cuales el príncipe pueda guiarse en el ejercicio concreto del poder. Así como Gracián intentaría darle reglas a la prudencia en el *Oráculo manual* (1647), a sabiendas de que esta, por depender de circunstancias particulares, no podía ser un arte, ¿no escribe Saavedra Fajardo las *Empresas* aspirando a que sean una suerte de “arte de prudencia” política?

En conclusión, la empresa 84 de las *Empresas políticas* comienza con un elogio de la *dignitas hominis* fundado en el ingenio, específicamente técnico, del hombre y pasa a una apología de la *prudentia politica* del príncipe que se ejercería especialmente a través de la diplomacia. En el caso de la *dignitas*, considerando el marco político de la obra, poco tenían que hacer los argumentos religiosos tradicionales y por eso se basa en un encomio de corte clásico del ingenio, pero con énfasis, que revela su carácter moderno, en su vertiente tecnológica. Al recomendar el valor de la *prudentia politica* –de raíces tacitistas, marcadamente lipsiana y no exenta de una impronta maquiavélica–, Saavedra Fajardo la hace encarnar en la diplomacia, resaltando así la utilidad de la élite a que él pertenece. En este movimiento, la idea de técnica no desaparece, sino que pasa de una noción elemental del hombre capaz de forjar armas, cuyo fin obviamente es la guerra, a una más sofisticada de los especialistas en la negociación política internacional que, sin renunciar al uso de la fuerza, procuran la paz y, sobre todo, la conservación y aumento del poder.

En su conjunto, la empresa 84 es particularmente representativa del pensamiento de Saavedra Fajardo: en permanente tensión entre las exigencias morales de la religión y el realismo político, entre el optimismo antropológico de raigambre clásica, cristiana y humanista y un barroco pesimismo sobre el hombre y el mundo, busca siempre la adaptación, la síntesis, y se ve obligado a recurrir a la cautela y la disimulación. Don Diego podría haber hecho suyas las palabras del aforismo cien del *Oráculo* graciano, que acaso alcanzó a leer: “varón desengañado” (156).

**Obras citadas**

- Antón Martínez, Beatriz. “La *receptio* del tacitismo en España. La ‘vía hispánica’ ”. *Bibliothèque d’Humanisme et Renaissance* 53 (1991): 329-345.
- Aristóteles. *Ética nicomáquea*. Eds. T. Martínez Manzano y Julio Pallí Bonet. Madrid: Gredos, 2000.
- Baños de Velasco, Juan. *Séneca ilustrado*. Madrid: Mateo de Espinosa y Arteaga, 1670.
- Baudoin, Jean. *Recueil d’emblemes divers*. París: Jacques Villery, 1639.
- Blecuá Perdices, Alberto. *Las Repúblicas literarias y Saavedra Fajardo*. Barcelona: Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 1984.
- Boadas, Sònia. “Saavedra Fajardo y la revolución astronómica del siglo XVII”. En Eds. Sònia Boadas, Félix Ernesto Chávez y Daniel García Vicens. *La tinta en la clepsidra. Fuentes, historia y tradición en la literatura hispánica*. Barcelona: PPU, 2012, 61-70.
- Camilli, Camillo. *Imprese illustri*. Venecia: Francesco Ziletti, 1586.
- Cicerón. *Sobre la naturaleza de los dioses*. Ed. Ángel Escobar. Madrid: Gredos, 2000.
- Crane, Gregory. “Creon and the ‘Ode to Man’ in Sophocles’ *Antigone*”. *Harvard Studies in Classical Philology* 92 (1989): 103-116.
- Dowling, John C. “Saavedra Fajardo, idealista y realista”. *Murgetana* 10 (1957): 57-69.
- Fraga Iribarne, Manuel. *Don Diego de Saavedra y Fajardo y la diplomacia de su época*. Madrid: Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores, 1955.
- García López, Jorge. “Quevedo y Saavedra: dos contornos del seiscientos”. *La Perinola* 2 (1998): 237-260.
- Gracián, Baltasar. *Oráculo manual y arte de prudencia*. Ed. Emilio Blanco. Madrid: Cátedra, 2003.
- Hernández, Francisco. *Obras completas. Historia natural de Cayo Plinio Segundo*. México: UNAM, 1966, 4 vol.
- Lida, María Rosa. *Introducción al teatro de Sófocles*. Buenos Aires: Losada, 1944.
- Lipsio, Justo. *Políticas*. Eds. Javier Peña Echeverría y Modesto Sánchez López. Madrid: Tecnos, 1997.
- López Poza, Sagrario. “La *Política* de Lipsio y las *Empresas políticas* de Saavedra Fajardo”. *Res Publica* 19 (2008): 209-234.
- Los filósofos presocráticos*. Ed. de Néstor Luis Cordero, Francisco José Olivieri, Ernesto La Croce y Conrado Eggers Lan. Madrid: Gredos, 1986, 2 vol.
- Maravall, José Antonio. *Estudios de historia del pensamiento español. Siglo XVII*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1975.
- Monostori, Tibor. *Saavedra Fajardo and the Myth of Ingenious Habsburg Diplomacy. A New Political Biography and Sourcebook (1637-1646)*. La Coruña: SIELAE, 2019.
- Montaigne, Michel de. *Les essais*. Eds. Jean Balsamo, Michel Magnien y Catherine Magnien-Simonin. París: Gallimard, 2007.
- Needham, Joseph. *Science and Civilisation in China*. Cambridge: Cambridge University Press, 1965, 4 vol.
- Picinelli, Filippo. *El mundo simbólico. Los cuatro elementos*. Eds. Eloy Gómez Bravo, Rosa Lucas González y Bárbara Skinfill Nogal. Zamora: El Colegio de Michoacán, 1999.
- Plinio. *The Elder Pliny on the Human Animal. Natural History, Book 7*. Ed. Mary Beagon. Oxford: Oxford Clarendon Press, 2005.

- Saavedra Fajardo, Diego. *Empresas políticas*. Ed. Sagrario López Poza. Madrid: Cátedra, 1999.
- \_\_\_\_\_. *Idea de un príncipe político cristiano*. Valencia: Francisco Ciprés, 1675.
- Sol Mora, Pablo. *Miseria y dignidad del hombre en los Siglos de Oro*. México: Fondo de Cultura Económica, 2017.
- Tácito. *Agrícola/Germania/Diálogo sobre los oradores*. Ed. J. M. Requejo. Madrid: Gredos, 1999.
- \_\_\_\_\_. *Anales*. Ed. José Luis Moralejo. Madrid: Gredos, 2001.
- Typotius, Jacobus. *Symbola*. Fráncfort: Godlfridum Schonwetterum, 1652.
- Villanueva, Jesús. “La influencia de Maquiavelo en las ‘Empresa políticas’ de Diego Saavedra Fajardo”. *Studia Historica. Historia Moderna* 19 (1998): 169-196.
- Vives, Juan Luis. *Obras completas*. Ed. Lorenzo Riber. Madrid: Aguilar, 1948, 2 vol.